



Vicente Muñoz Puelles

El último manuscrito
de Blasco Ibáñez

algar joven

UNA NOVELA SOBRE BLASCO IBÁÑEZ

Voy a contaros cómo surgió este libro.

Un día, hace apenas dos meses, acabábamos de sentarnos a la mesa del comedor cuando papá emitió una especie de gruñido, que es su particular llamada de atención.

—Hoy me han propuesto —dijo, subrayando cada palabra— que escriba una novela sobre Vicente Blasco Ibáñez.

Se quedó mirándonos, a la espera de nuestras reacciones.

—¿Y? —preguntó mamá, que nunca se deja impresionar.

Al principio, yo ni siquiera pensé en Blasco Ibáñez, de quien por entonces aún sabía muy poco. Pero era consciente, porque veo trabajar a papá a diario, de que estaba muy ocupado escribiendo otros libros, y me inquietaba que pudiera dejarlos sin acabar antes de empezar uno nuevo, como ha hecho otras veces.

—¡No habrás aceptado! —le dije.

—Pues claro que ha aceptado —observó mamá—. ¿No ves cómo le brillan los ojos? Eso siempre le pasa cuando hace una travesura.

Papá se echó a reír, mientras se servía un poco de ensalada.

—El tema me viene como anillo al dedo —dijo, con su optimismo acostumbrado—. ¿Nunca os he hablado de la relación de Blasco Ibáñez con mi abuelo?

Mamá y yo intercambiamos una mirada de complicidad. Puede afirmarse que papá habla poco, pero es feliz contando historias. A veces pienso que para él la vida es precisamente eso, un pretexto para contar algo, y que prefiere ese relato a la vida. Imagino que eso les ocurre a muchos escritores, y que por esa razón escriben, para parapetarse detrás de sus historias y que nadie sepa cómo son realmente.

A mí me sucede todo lo contrario. Me gusta leer, pero me cuesta sentirme implicado en los libros que leo. La mayoría de las historias que no me atañen de algún modo me aburren, y prefiero hacer deporte o salir con los amigos. No tenía ningún interés en asistir a la charla que se avecinaba sobre Blasco Ibáñez y mi bisabuelo, pero acabábamos de empezar a comer, como he dicho, y no podía

argumentar que ya estaba lleno o que se me hacía tarde para llegar a algún sitio. Además, tenía hambre.

Mi única esperanza era mamá, que siempre sabe cómo frenar a papá a tiempo. Pero en aquel preciso momento sonó su móvil. Era una llamada de Laura, mi hermana, que vive en Barcelona y quería consultarle algo. Mamá salió del comedor y me dejó solo a merced de papá, que de inmediato se lanzó al ataque.

La verdad es que no me arrepiento de haberle prestado atención, porque resultó mucho más interesante de lo que esperaba, y de no ser por aquello no estaría yo ahora contándoos esto.

—Escucha —dijo papá.

Esa palabra, *escucha*, es su caballo de batalla. Al decirla, adelanta la barbilla y mira desafiante, por si alguien se atreve a interrumpirle.

—Durante mucho tiempo —continuó—, en nuestra familia todos los varones nacidos en primer lugar se llamaron Ricardo, como tú. También fueron Ricardos mi abuelo, es decir, tu bisabuelo, el mío, mi tatarabuelo, mi trastatarabuelo... Mi abuelo se llamaba Ricardo Muñoz Carbonero. Era unos quince años más joven que Vicente Blasco Ibáñez. Se conocieron en la redacción del diario *El Pueblo*,

que Blasco había fundado, y congeniaron enseguida. Les unía una afición común por la literatura, la política local y las cantantes y actrices de teatro, que ejercían sobre ambos una fascinación especial. ¿Qué cantantes te gustan a ti?

—Muchas: Katy Perry, Jessie J, Adele...

—Pues eso. La única diferencia es que Blasco Ibáñez y Muñoz Carbonero iban al Teatro Apolo o al Principal a escucharlas en directo siempre que podían. Ambos llevaban bigote, como casi todos los hombres de su época, y eran librepensadores, republicanos, oradores de verbo fácil y masones. Muñoz Carbonero fue tesorero de su logia masónica durante algún tiempo, y Blasco era venerable maestro, que es una especie de maestro de ceremonias y quizá algo más. Sus nombres secretos eran Danton y Arquímedes. Mi abuelo, es decir, tu bisabuelo, era Arquímedes.

—¿Por qué se puso ese nombre?

—Porque lo admiraba, supongo. Tanto tu bisabuelo como Arquímedes eran personas de mucho carácter. ¿Sabes cómo murió Arquímedes?

Así es como papá cuenta sus historias, yendo sin cesar de un detalle a otro. A veces se dispersa tanto que uno cree que ha perdido el hilo, pero al final siempre lo recupera.

–No –contesté–. No tengo ni idea.

–Arquímedes había trazado unos círculos en el suelo y estaba intentando resolver un problema matemático. Un soldado romano se plantó ante él y le preguntó quién era. «No borres mis círculos», le advirtió Arquímedes por toda respuesta. El soldado tomó aquello por una impertinencia y lo atravesó con su espada.

–Si yo hubiera estado en el lugar de Arquímedes, me habría identificado enseguida –dije, convencido.

–Yo no estoy tan seguro –me contestó papá, que siempre sueña con una vida heroica que nunca tuvo.

Le pregunté si los masones formaban una secta.

–No –me respondió–, porque no predicán ninguna religión ni exigen devoción a nadie. Pero no hables en pasado, que aún los hay. Y son buena gente. Se reúnen en secreto para mejorar la sociedad y a sí mismos. Tienen una costumbre muy curiosa, y es que, tras un banquete, recogen hasta las migas que quedan sobre el mantel, para no dejar huella. Es un recordatorio, según dicen ellos, de la época en la que eran perseguidos. Unas pocas migas podían delatarlos, y hacer que los encontraran.

–¿Tú eres masón?

—No —se rio—. Yo soy un descreído de casi todo, ya lo sabes. Pero escribí una novela en la que varios personajes eran masones, y he asistido a sus reuniones cuando me han invitado, para que hablara del abuelo y de otros masones de su época, a los que llegué a conocer de niño.

—¿Y cómo sabías que lo eran? ¿Cómo sabías de niño que eran masones, quiero decir?

—Porque, cuando se enteraban de que yo era nieto de un compañero suyo, me daban la mano de un modo especial. Mira.

Me tendió la mano y sentí cómo, al estrechar la mía, papá presionaba con su pulgar entre el primer nudillo y el segundo.

—¿Has visto? Una vez pronuncié un discurso sobre Blasco en una reunión masónica. Cuando acabé de hablar, apagaron las velas. Luego, el venerable maestro lo llamó en voz alta por su nombre masónico:

»—¡Hermano Danton, hazte presente! —le ordenó.

»Incluso le habían reservado una silla. No compareció, claro está, porque había muerto hacía mucho. Pero, si quieres que te cuente la verdad, a mí me pareció notar el fuerte aroma de un cigarro, que llegaba desde su asiento.

»Entonces el venerable maestro invocó al espíritu de Danton, o sea, de Blasco Ibáñez, y le pidió que se manifestara. Tampoco hubo respuesta. El venerable maestro lo invocó dos veces más, sin resultado, y luego una tercera.

»—El espíritu del hermano Danton está entre nosotros —dijo de pronto, sin que yo advirtiera ningún cambio—. ¿Tienes alguna queja o aviso que darnos, hermano Danton?

»Naturalmente, el espíritu permaneció en silencio. Pero ellos estaban convencidos de que se encontraba allí, sentado en su silla, si es que un espíritu puede sentarse en algún lugar.

»Así que alzamos nuestras copas y brindamos por el espíritu de Vicente Blasco Ibáñez. O por el de Danton, que con los espíritus nunca se sabe. Eso de tomar el nombre de un muerto tiene sus riesgos. ¡Imagínate que invocaras a Blasco y se presentara el verdadero Danton, solo porque se llaman igual! O que se presentaran los dos, y cada uno acusara de impostor al otro.

—Sería una situación divertida. ¿No te gustaría ser masón, aunque no creas en esas cosas?

—No me hace falta —contestó papá—. Cuando uno es escritor, puede inventarse que es masón, o hacer de Arquímedes, de Blasco Ibáñez, del niño

que fue, del anciano que será o de quien quiera. Puedo convertirme en ti, por ejemplo.

—Y en mamá, ¿puedes convertirte en mamá?

—¿Por qué no? —Imitó el tono de su voz—: «¡No, por favor, no, por hoy ya nos has contado bastantes historias!». Pero deja que continúe mi relato.

Yo seguía comiendo mientras lo escuchaba. En cambio, papá había dejado los cubiertos a un lado. Al hablar, su mirada revoloteaba por el comedor y a ratos se posaba en mí, como para asegurarse de que continuaba atento.

—Tu bisabuelo —prosiguió— era médico radiólogo. Había adquirido en Alemania uno de los primeros aparatos de rayos X que hubo en Valencia, y lo había instalado en su clínica, en una sala enorme, forrada de paredes de madera. Cuando se apagaba la luz, él y los pacientes se movían a tientas, como figuras fantasmales.

»La puerta principal de la clínica daba a la calle de la Paz, donde tu bisabuelo había colocado un escaparate con una serie de radiografías que cambiaba con frecuencia, como las fotos publicitarias de los cines, y que funcionaban como reclamo. La gente acudía a verlas y le encargaba fotos de su esqueleto, como quien va al fotógrafo y pide una foto de cuerpo entero o de perfil.

»Algunas de aquellas radiografías mostraban botones o monedas que los pacientes se habían tragado por descuido, y que aparecían a su paso por el tracto digestivo. La más llamativa consistía en la imagen espectral de un cráneo visto de perfil, con una especie de aura fosforescente y los anteojos puestos. Era el cráneo del mismísimo Blasco Ibáñez, aunque solo Blasco y tu bisabuelo conocían el secreto.

—Entonces, ¿Blasco era también paciente del bisabuelo?

—Sí, pero el bisabuelo se ocupaba sobre todo de su familia, o sea, de la mujer y los hijos de su amigo. Blasco estaba casi siempre fuera, en Madrid, donde era diputado, o en París, en Argentina o en cualquier otro lugar. Pero tu bisabuelo y él se veían cada vez que venía a Valencia, porque Muñoz Carbonero era su médico de cabecera. Otra cosa les unía, y es que pertenecían al mismo partido político, el Partido de Unión Republicana Autonomista, el PURA, que Blasco había fundado.

»Tan amigos eran que, cuando nació su segundo hijo, tu bisabuelo le puso el nombre de Vicente, en memoria de Blasco Ibáñez. Ese Vicente fue mi padre: Vicente Muñoz Suay. Desde entonces los Vicentes se alternaron en nuestra familia con los Ricardos. Mi

padre me puso Vicente a mí, y yo te puse Ricardo a ti, aunque mamá quería llamarte Vicente también. Pero a mí eso me parecía demasiado. ¡Dos Vicentes seguidos son muchos! Es mejor alternarlos.

—O sea, que tú te llamas Vicente por Vicente Blasco Ibáñez.

—Pues sí —dijo papá, y los ojos volvieron a brillarle—. ¿Ves como el tema de Blasco me viene como anillo al dedo?

Reí y levanté hacia él mi vaso de zumo, como si brindara.

—¿Sabes una cosa? ¡No me hubiera importado nada llamarme Vicente también!

Oí unos pasos y le animé a que siguiera comiendo.

En efecto, mamá llegó poco después —había estado buscando unos papeles, para enviárselos a Laura— y se extrañó de que papá aún no hubiese dado fin a las lentejas.

—Seguro que has estado hablando sin parar y llenándole la cabeza a Ricardo de historias absurdas.

—Las historias absurdas hay que conocerlas —dijo papá.

—Os haré los cafés —me ofrecí, al tiempo que me dirigía a la cocina, como el buen hijo, atento y diligente, en que a veces intento convertirme.